

Ratones asustados

RAYMUNDO RIVA PALACIO

La mañana del 29 de agosto varias oficinas en Los Pinos entraron en un frenesí. Buscaban a unos cuantos corresponsales estadounidenses para comunicarles que esa noche Ramón Aguirre anunciaría su renuncia para tomar posesión como gobernador de Guanajuato. A nadie más llamaban a esa hora. ¿Por qué tal urgencia?

La presidencia de la república, y particularmente su oficina de prensa, estaban muy preocupadas. El lunes 26, el diario The New York Times escribía en su editorial que México era uno de los pocos países no democráticos en América Latina; esa misma mañana, The Wall Street Journal pedía la anulación de elecciones en Guanajuato para que el presidente Carlos Salinas demostrara que también quería reformas en lo político.

Las acusaciones de fraude y de irregularidades en las elecciones del 18 de agosto habían permeado en la prensa extranjera, la que se preguntaba si Salinas sería un auténtico demócrata. En Los Pinos, donde la epidermis es muy delgada cuando se trata de prensa extranjera, estaban, naturalmente, desesperados.

No es la primera vez que eso sucede. Este gobierno tuvo como uno de sus objetivos principales tener una buena imagen en el exterior; para ello había que convencer y seducir a los corresponsales extranjeros sobre las bondades del régimen y lo importante de las acciones del gobierno.

Trabajar la prensa extranjera, tan crítica y escéptica del triunfo de Salinas en 1988, fue un auténtico trabajo al cual se abocó su oficina de prensa. Sin embargo, había un matiz: no todos los medios ni todos los corresponsales eran importantes. Quienes siempre importan son, casi en su orden, The New York Times, The Financial Times, The Wall Street Journal, The Washington Post, Newsweek, Business Week, El País y la televisión japonesa.

Coyunturalmente importan otros medios extranjeros, pero ninguno como ellos. La revista Time estaba en el grupo selecto pero, después de un reportaje en donde mencionaban el fatídico incidente en el que se vio involucrado el presidente cuando tenía cuatro años, pasó a la lista de los despreciados.

Para la élite de esos medios, en los ojos de Los Pinos no hay imposibles. El gobierno mexicano se ha convertido en el más servil, de todo América Latina, por cuanto a atenciones se refiere. No hay ningún gobierno en la región cuyos voceros estén tan al servicio de la prensa extranjera debido al gran temor y preocupación que les tienen.

La oficina de prensa de la presidencia tiene una dirección de prensa extranjera, pero se usa más como filtro de periodistas que como servicio de información a los periodistas. Está dedicada a atosigar a corresponsales de agencias de noticias sobre diversos temas. A aquellos que transmiten informaciones negativas del gobierno los acusan de parciales y de propagandistas.

Pero cuando Ignacio Castillo Mena anunció que se iba de embajador, un funcionario de prensa extranjera insistió a varios periodistas de agencia sobre la importancia y trascendencia de esa acción. O cuando el gobierno quería ocultar los avances del cólera, acusaban a las agencias de alarmistas. O bien cuando el 18 de agosto la maquinaria del PRI mostraba su arrastre y comenzaban las quejas de fraude, un fax llegó a varias oficinas procedente de la presidencia de la república, donde se decía que habría un senador del PAN por Baja California y se pedía que citaran *simplemente fuentes oficiales*. El hecho de que tal *información* se difundiera antes de que el Instituto Federal Electoral lo diera a conocer, no pareció causar mucho escrúpulo en Los Pinos.

Pero la oficina de prensa extranjera de Los Pinos no sólo se encarga de tales operaciones. Bajo su responsabilidad está la firma de cartas de aclaración, rectificación y agresión contra algunos corresponsales extranjeros. Esas cartas no las elabora quien las firma, sino que ya les llegan hechas sólo para rúbrica. Que cada gobierno tiene derecho a protestar por una información que considere injusta es cierto, pero que envíen cartas sin membrete ni identificación acusando a corresponsales extranjeros no es ético ni profesional.

A uno de ellos, John Mc Clintouk de The Baltimore Sun, lo acusaron de racista ante sus editores. Al chicano Guillermo García, de la cadena de periódicos Cox, lo acusaron de ser un traidor a su origen. El primero continúa en México; el segundo tuvo que irse después de tantas presiones.

Relegada fundamentalmente al trabajo sucio, la Dirección de Prensa Extranjera no se ocupa de los asuntos prioritarios de la Dirección de Comunicación Social de la presidencia. Para ello existe un reducidísimo equipo que hace cuatro años desconocía por completo el área.

Ese equipo se encarga de traducir y hacer fichas para el responsable de la oficina: Otto Granados, así como buscar la manera de tender puentes y relaciones con algunos medios, principalmente estadounidenses. Viajan con regularidad a ese país con paquetes de información y de propaganda. Procuran entrevistarse con los editores de los distintos medios y extenderles invitaciones para que visiten México.

Tratan también de inducir información o de evitar su publicación. En éste último caso lo que buscan siempre es que jamás llegue al público el fatídico accidente donde murió la hija de la sirvienta de la familia Salinas cuando tres niños jugaban con una escopeta. No hay nada que más quisieran borrar de la memoria que ese episodio. Algunas veces lo han logrado pero otras no, como en un perfil sobre Salinas que publicó el año pasado Los Angeles Times.

Operadores de coyuntura han querido jugar a la estrategia. Para preparar agregados de prensa quisieron crear un duplicado en la Universidad Iberoamericana que fuera su escuela de cuadros. ¿El arreglo? Ellos ponían el programa, los maestros y los alumnos, a la Iberoamericana sólo le correspondería el sello sobre el diploma. La universidad no lo aceptó y en Los Pinos consideraron prudente plantear el esquema al Instituto Tecnológico Autónomo de México.

Los acontecimientos, sin embargo, los han abrumado. Quieren que sus medios preferidos les den primeras planas y portadas; y para ello no escatiman en atenciones. Ellos, que con tanto desprecio se refieren a las *repúblicas bananeras*, se comportan como los prototipos de las mismas. Cuatro días de espera le bastó a la revista Time para una entrevista con Salinas el año pasado, cuando preparaban una portada sobre México en su edición latinoamericana. Dos semanas le tardó una entrevista con Salinas a The New York Times, donde el presidente comentó sobre las elecciones del 18 de agosto antes de que lo hiciera con algún medio mexicano.

Algo no está funcionando bien. O son ellos o es el resto del mundo. Cuando Francia intervino en Chad en 1983, el presidente Francois Mitterrand no justificó su papel ante la prensa extranjera sino en una entrevista con Le Monde; cuando el gobierno de Estados Unidos necesita filtrar su posición de manera oficiosa no lo hace sino a través de los medios estadounidenses; jamás nadie pensó que Helmut Kohl o Margaret Thatcher pensarán primero en la prensa extranjera y después, quizás, en la propia.

Esos dignatarios gobiernan para su sociedad, que es lo que primordialmente les interesa. La administración salinista gobierna para los centros de toma de decisiones, pues lo que para ellos puede ser pragmatismo, para otros evoca reminiscencias de los viejos socialismos reales, estalinistas, donde al interior sólo se difundía propaganda y reinaba el despotismo cuando de informar al pueblo se trataba. La diferencia con éstos, que sí la hay y es grande, es que en el socialismo real los tiempos los marcaban los gobiernos y no los corresponsales.

En México, sus gobernantes lucen desesperados para que sus programas y sus acciones trasciendan a la opinión pública internacional. Entrevistas que se escatiman con la prensa mexicana abundan para cientos de medios extranjeros. Acceso al que pocos mexicanos tienen, se entrega sin condiciones. Premios a extranjeros. Desayunos para infidencias sólo hay para quienes informan al exterior.

Ningún país ofrece las facilidades que está dando ahora la administración salinista. Invitaciones, cocteles, viajes, acercamiento con los poderosos ofrecen a grupos de periodistas extranjeros. Desdoblamientos y genuflexiones abundan cuando las grandes formas aparecen por aquí. En una ocasión James Reston, el laureado columnista de The New York Times, viajó a Varsovia para entrevistar al líder polaco Wojciech Jaroselski con una cita concertada. Pero Reston esperó días y días en el Intercontinental de Varsovia y Jaroleski nunca lo pudo recibir.

Aquí los buscan, los provocan, los cortejan. Alan Riding, corresponsal del mismo diario y que largo tiempo estuvo en México, regresó a este país en 1989 por unos días, invitado por una institución extranjera. En Los Pinos le ofrecieron auto, chofer, comodidades y tantas facilidades en una forma tan empalagosa que no pudo menos que reírse de ellos.

La inexperiencia suele llevarlos por el camino del ridículo. Quieren jugar las grandes ligas sin que sus herramientas sean para esas lides. En una ocasión se quejaban de que el editor de un periódico estadounidense le daba espacio a los críticos del gobierno pero no a quienes podían dar una visión diferente de las cosas. «Pero cómo les voy a dar ese espacio», confió semanas después el editor, «si lo único que quieren darme es la propaganda de Romeo Flores Caballero».

No han aprendido realmente cómo funcionan las cosas, la imagen de Salinas en el exterior tiene poco que ver con el trabajo que hacen sus promotores oficiales. Salinas es un hombre que se vende solo y que está gobernando en la forma como quienes integran el consenso mundial lo desean.

Los artículos y las informaciones positivas obedecen más a ese factor que a un trabajo en Los Pinos. Cuando se han presentado dificultades en los medios que más preocupan, el bombero no se encuentra en la oficina de prensa presidencial, sino en diferentes despachos, según le toque, y responde al nombre de Ricardo Canavatti.

Por eso se pierde el control y se asustan cada vez que una crítica aparece en los medios que les importan: parecen ratones asustados, a los que no se les ocurre otra cosa que ceder y ceder, sin darse cuenta que sus mecanismos para el control de daños les funcionarán mientras Salinas esté en el cenit. Luego, sólo quedará sobre de ellos la memoria del desprecio.